

U

artes plásticas

de una paciencia milenaria

por
Salvador Elizondo

De una paciencia milenaria la artesanía china revela, como ninguna otra, la certidumbre, a veces inquietante, de estar ante un hecho limítrofe en el que el arte comienza a ser y en el que la estética alude ya a la metafísica. Es, en este sentido, una manifestación absolutamente umbralicia o, propiamente cardinal de esa esencia semántica contenida en la estructura primigenia de la palabra *poema* que designa, al fin de cuentas, *lo que ha sido hecho*. Estamos entonces ante una poesía en la que la energía se va canalizando a través de una habilidad manual que, por encima de cualesquiera distinciones en el orden de la cronología histórica de las épocas del arte chino, se dirige siempre hacia el logro de lo prodigioso. Ese mundo que tomó por asalto la cultura —y especialmente la plástica occidental— hacia fines del siglo pasado; el mundo de la *chinoiserie*, de los *magots*, el mundo de Whistler, de Van Gogh, de Beardsley, de Gaudí, está implícito en estas manifestaciones que atentan con la agudeza y también con la sutileza de los matices que eternizan, contra la dinámica

atolondrada del gran arte de Europa y América, emplazando en su ámbito un instante, aunque sea, de contemplación vertiginosa. Todo prodigio es la revelación de la existencia de un misterio y la manifestación más evidente de un misterio es la fascinación ineluctable con que nos subyuga. Esto se debe, sin duda, a la gran diferenciación de métodos que distingue los procesos del arte occidental, en sus tradiciones respectivas de los del arte chino. Mientras nosotros pensamos denodadamente en términos de trascendencia, los artistas y los artesanos chinos piensan en términos de inmanencia; mientras nosotros pensamos del arte en términos de ideal, los chinos piensan en términos de realización; mientras nosotros pensamos en términos de eternidad, ellos piensan en términos de instantaneidad; mientras los alarifes cristianos concibieron las catedrales, los calígrafos chinos redujeron el concepto de Eternidad a unos cuantos rasgos del pincel. Es quizá este terrorífico afán de inmanencia producto o sucedáneo de una civilización esencialmente técnica, de una idiosincrasia fundamentalmente pragmática y crematística, el afán que rige la producción de obras artesanales cuyo carácter nada tiene que ver con

el que persiguen nuestras propias artes menores y que invariablemente confiere a la "utilidad" de todos los utensilios la demasía artística, la delicadeza y la sensibilidad de la que carecen los nuestros.

La presente exposición reúne un conjunto de piezas que atestiguan con gran solvencia de la perspectiva dentro de la que han sido realizadas. Las tallas en madera que muchas veces agreden la capacidad de nuestro raciocinio atestiguan no sólo de una intrincada destreza sino que además revelan una gran delicadeza en el empleo de los *bols* que no sólo sirven para que el oro se fije en ellos con una tersura sorprendente, sino que también acentúan los matices propios de las joyas de metal de diversos tonos.

Los marfiles, a su vez, dan cuenta del sabio aprovechamiento de las morfologías naturales para conseguir con ellas la plasmación de motivos tradicionales en los que es difícil distinguir el grado de adecuación con que el artesano participa de la forma o la forma invade la categoría dentro de la que el artesano opera.

Los *scrolls* siguen siempre una estructura rígida en su composición pictórico-narrativa. Una gravedad interior hace que el gran peso de la

estructura se asiente siempre en los bordes inferiores de la pintura después que la acción ha recorrido, desde el borde superior un camino en forma de *S* a lo largo de todo el cuadro. Este principio que consagra la pluralidad de posibles puntos de vista y que hace que la perspectiva se fugue, no hacia el fondo del cuadro, sino hacia el punto de vista mismo; efecto que por lo demás es acentuado por la graduación sutilísima de los colores y del ritmo, a veces caligráfico, a veces escultórico de los trazos y las pinceladas.

Las porcelanas, por último, son ejemplos radiantes de la delicadeza conseguida mediante procedimientos ancestrales. Las de la marca Ch'ien Lung con decoraciones de esmalte de color, en el estilo de Ku Yueh-hsuan pertenecen ya a lo que pudiera considerarse como una concepción barroca de la cerámica china, no así los dos cuencos craquelados de gris verde claro, de la dinastía Sung, que representan, quizás, el momento culminante de un clasicismo serenísimo y sublime.

El visitante encontrará en todos estos objetos una imagen desconcertante y real de ese mundo cuya característica esencial es, en su espiritualidad contemplativa, una paciencia milenaria.

